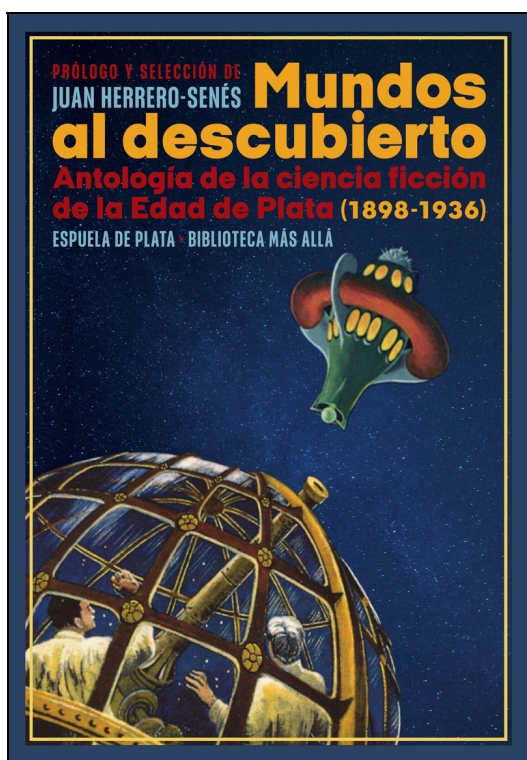


Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto



Mariano Martín Rodríguez
INVESTIGADOR INDEPENDIENTE

© Mariano Martín Rodríguez, 2021



Mundos al descubierto. Antología de la ciencia ficción de la Edad de Plata (1898-1936)

Prólogo y selección de Juan Herrero-Senés.
Sevilla: Renacimiento, 2021.
541 pp.

En 1995 se publicó una antología que nos enseñó a muchos que la ciencia ficción española no era algo reciente e imitado de la pujante producción especulativa en lengua inglesa. Nil Santiáñez-Tiό demostró mediante *De la Luna a Mecnópolis*. Antolo-

gía de la ciencia ficción española (1832-1913) que había existido también en la España de habla castellana una larga tradición de especulaciones ficticias sobre el cariz del porvenir, además de otras que incluso se atrevieron a explorar otros planetas. Investigadores procedentes del círculo de aficionados españoles a la ciencia ficción, tales como Agustín Jaureguizar, ya habían acometido la tarea ingente de recabar la atención sobre un gran número de obras, breves o extensas, que tenían un aire de familia más o menos claro con lo que se entiende generalmente por ciencia ficción. Pese a sus valiosísimas aportaciones, no sería hasta esa antología hecha por Santiáñez-Tiό y publicada por una editorial no especializada en este género de ficción que este mereció atención profesional por parte de los historiadores de la literatura. A partir de entonces se fue incrementando el interés de estos por la ciencia ficción española, incluida la antigua, y ese interés creciente se ha traducido en artículos y diversas reediciones de diversas obras consideradas importantes de la modalidad, sea por el renombre de algunos de sus autores (por ejemplo, Luis Araquistáin, del que se ha rescatado *El archipiélago maravilloso*), sea por la importancia del libro en la propia historia internacional de la ciencia ficción, como es el caso de *El anacronópete*, de Enrique Gaspar, primera ficción sobre un viaje en el tiempo por medio de una máquina.



Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto

En 2021, puede afirmarse que la ciencia ficción española antigua (esto es, hasta el inicio del fenómeno de los bolsilibros en 1953 y su subsiguiente precipitación estética y cultural en la paraliteratura) ya no es un fenómeno marginal en el mundo académico. La bibliografía secundaria sobre ella suma un número considerable de entradas. Este hecho permite abrigar la esperanza de que los guardianes del canon, que no trabajan todos en la universidad, se den cuenta de la necesidad de tenerlo en cuenta a la hora de escribir las historias de la literatura española en castellano, que lleva ya demasiado tiempo lastrada por el prejuicio de que la única estética castiza y respetable, por la razón que sea, es la llamada *realista*. Para facilitar, convenía que los avances de la investigación sobre el tema y una buena muestra de las obras originales para demostrar la justeza de las conclusiones por vía de los hechos se reunieran en libros de síntesis. Se trataría, pues, de poner al día la iniciativa de Santiáñez-Tió con la ventaja de disponer de las numerosas novedades redescubiertas hasta ahora. La parte histórica de esta tarea ya está en gran parte realizada gracias a los capítulos correspondientes de la *Historia de la ciencia ficción en la cultura española*, editada por Teresa López-Pellisa. La parte que podríamos decir práctica, consistente en una edición comentada de una muestra representativa de textos que fuera más amplia y fiel a la realidad literaria que la pionera de Santiáñez-Tió, era lo que faltaba, y es la carencia que Juan Herrero-Senés ha subsanado mediante su antología de la ciencia ficción española en castellano entre 1898 y 1936 que llama, con un título que adapta de otro de José María Salaverría, *Mundos al descubierto*.

Este volumen recoge nada menos que veinticuatro obras íntegras, todas ellas breves, pertenecientes a distintos géneros

discursivos. Aunque predominan las narraciones, también se recopilan textos de carácter más bien ensayístico, así como una obra dramática. Con muy buen criterio, el editor prescinde de publicar meros extractos de obras más extensas, cosa siempre frustrante para los lectores, a quienes unos pocos pasajes pueden servir para despertar la curiosidad, pero no para satisfacerla. Por lo demás, dado el hecho indudable de que la ciencia ficción prosperaba (y seguramente lo sigue haciendo) sobre todo a través de las formas breves, la decisión editorial cobra todo su sentido. Más discutible podría considerarse la de incluir obras que se han rescatado recientemente, a veces por partida doble, como la novela corta de ambiente paleolítico *En las cavernas*, de Emilia Pardo Bazán. Su lugar lo podría haber ocupado algún otro texto menos conocido, pero su excelencia literaria justifica esta nueva reedición, también porque la finalidad de esta antología no es únicamente arqueológica. Se trata también de intentar convencer una vez más a un medio cultural todavía reacio del interés de la ficción especulativa española del brillante período de la Edad de Plata, para lo cual el mejor argumento son textos como este, escritos además por una autora plenamente canónica. Los relatos «Las ruinas de Granada», de Ángel Ganivet «Mecanópolis», de Miguel de Unamuno; «Los intelectuales», de Azorín, y «El dueño del átomo», de Ramón Gómez de la Serna, así como la obrilla teatral «La revolución sentimental», de Ramón Pérez de Ayala, pueden desempeñar la misma función de demostrar no solo la calidad literaria que pudo alcanzar la ciencia ficción en España, sino también el hecho de que no le hicieron ascos algunos de los mayores clásicos modernos de su literatura. A este respecto, la única objeción que se le podría oponer a Herrero-Senés es que haya optado por la segunda versión



Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto

de la pieza de Pérez de Ayala, ya reeditada alguna que otra vez, mientras que la primera de 1909, con el título de *Sentimental Club*, sigue sepultada en la colección periódica en que vio la luz, pese a su interés propio, no solo literario sino también histórico, por ser una distopía socio-tecnológica temprana que pudo influir, por ejemplo, en la posterior más célebre de su amigo inglés (y conocedor del castellano) Aldous Huxley.

Junto a estos escritores que pueden encontrarse fácilmente en los manuales de la literatura española de la Edad Contemporánea, otros menos conocidos también han sido objeto de atención crítica y editorial en los últimos años. Entre ellos, por orden más o menos cronológico, se pueden mencionar el postromántico José Fernández Bremón, con «Telegrafía intelectual», que es uno de sus característicos cuentos sarcásticos; el naturalista José Ortega Munilla, con sus pacifistas «Páginas del año 2016», un cuento narrativamente innovador que había escapado hasta ahora a todos los investigadores de la ciencia ficción hasta este rescate suyo por Herrero-Senés; el noventayochista nada menor José María Salaverría, con la originalísima novela corta *Un mundo al descubierto*, que expone el pobre concepto que tendrían de los terrícolas los marcianos; Ángeles Vicente, enigmática figura de escritora inconformista, de la que se reedita de nuevo (ya apareció en una edición regional murciana muy poco difundida) su «Cuento absurdo» apocalíptico y nihilista, y el hispano-cubano Alfonso Hernández-Catá, a quien se ha hecho más justicia en su isla natal que en España, donde desarrolló prácticamente toda su carrera literaria, realidad que justifica su atinada inclusión en esta antología con el relato «Fraternidad». Tal vez más atinado aún habría sido escoger la otra gran narración fictocientífica de su autor, «El aborto»,

que combina magistralmente el costumbrismo rural, compatible con un cierto aire distópico, con la anticipación científica en el seno de un conjunto entramado que plantea, además, interesantes cuestiones éticas en un marco diríase neocolonial. Sin embargo, «Fraternidad» tiene el mérito de adelantarse bastantes años al tratamiento del problema del papel del científico en una sociedad embarcada en una destructiva carrera de armamentos, con un planteamiento corriente en la Guerra Fría y que seguiría Pedro Salinas en su obra teatral *Caín o una gloria científica* (1957), cuyo asunto tiene mucho en común con el de «Fraternidad».

Otros autores que se han ido rescatando últimamente son Santiago Ramón y Cajal, el insigne neurólogo cuya obra literaria es más interesante de lo que se suele creer y que en este volumen aparece representado por su temprana anticipación «La vida en el año 6000»; Agustín de Foxá, con su artículo «Las termitas»; Luis Antón del Olmet, con su distopía «La verdad en la ilusión», y Miguel A. Calvo Roselló, con otra distopía, «Un país extraño», publicada en 1919 en la revista madrileña *Blanco y Negro* y solo reeditada críticamente antes en Argentina, por Pablo Capanna, quien lo creyó autor ligado a esa república, tal vez porque aquel relato apareció con posterioridad en una de las colecciones literarias que allí se publicaban. Se trata de una obra que merece ser mucho mejor conocida, también por el hecho de que se trata del precedente más directo de la distopía clásica de George Orwell, que la de Calvo Roselló anuncia hasta en detalles como el aparato de vigilancia a distancia de los ciudadanos por parte de la policía política, un *novum* que no nos consta que se hubiera descrito en ninguna obra anterior a «Un país extraño».

Mundos al descubierto también da ca-



Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto

bida a textos de autores prácticamente desconocidos o que tan solo habían sido objeto de algún breve artículo o de alusiones en trabajos generales sobre la historia de la ciencia ficción española. Se trata, por ejemplo, de Alejandro Larrubiera, con «La mujer número 53», uno de los pocos cuentos fictocientíficos que escribió este maestro del relato breve hoy injustamente olvidado; de Eduardo Bertrán Rubio, cuyo relato cómico «Un invento despampanante» fue uno de los escasos y mejores rescates de la ciencia ficción antigua que vieron la luz en la mítica revista *Nueva Dimensión*, al igual que «El ocaso de la humanidad», una parábola pacifista del poeta decadentista menor Marcos Rafael Blanco Belmonte también recogida en *Mundos al descubierto*; de Rafael López de Haro, con su morbosa novela corta «El caso del doctor Iturbe», y de Ángel Marsá, de quien se reedita otra novela corta, titulada *La voz de la sangre*, cuyo mayor interés es quizá su fusión de lo fictocientífico y lo policial. Otros ni siquiera aparecen mencionados prácticamente en ningún sitio. Cuentos como «La sed de oro», de Ramón López Montenegro, y «Los rayos paralizantes», de Félix Lorenzo, y una anticipación ensayística como «El periodismo del porvenir», del divulgador científico Vicente Vera, son algunos ejemplos más que, como el cuento arriba citado de Ortega Munilla, demuestran que Herrero-Senés no se limitó a empaparse bien de los conocimientos existentes en materia de arqueología española de la ciencia ficción, sino que también emuló a Santiáñez-Tiό y a otros que siguieron los pasos de este al esforzarse por contribuir al enriquecimiento de su objeto mediante la búsqueda de nuevos textos fictocientíficos en las publicaciones de la época, incluidas las periódicas de más difícil y empeñada consulta. Es probable que haya descubierto así otros más que no figuren en su antología y que, en-

tre ellos, haya escogido para su reedición únicamente los que revisten interés literario indudable o se ajustan mejor a la clasificación adoptada. En cualquier caso, estos descubrimientos bastarían para acreditar su compromiso como investigador de la historia de la literatura, algo que se suele dar por supuesto en los profesores universitarios como él mismo, pero que es más bien raro hoy en día, cuando los estudios culturales posmodernos giran incansablemente, como ratas en una rueda, en torno a unos pocos temas y autoridades, mientras se está perdiendo la tradición filológica y la disciplina que lleva aparejada, consistente en documentar exhaustivamente lo que se afirma y en ampliar la propia documentación en lo posible, para sí y para futuros estudiosos. Desde este punto de vista, Herrero Senés es un filólogo ejemplar, cosa que también demuestra a la hora de estudiar en sí mismo el fenómeno de la ciencia ficción como tal en la Edad de Plata en la introducción crítica al volumen.

Pese al aviso de que lo pueden saltar impunemente «los lectores ávidos de ciencia ficción», no recomendaríamos que lo hicieran, en primer lugar porque es de una amenidad rara en este tipo de prólogos y, en segundo, porque tal amenidad no está reñida con el alto nivel de exigencia académica y conceptual que caracteriza la labor de su autor. Nada se pierde y mucho entendimiento se puede ganar leyendo esas páginas. Hablamos del entendimiento añadido al ya alto de los lectores, ávidos o no, en materia de teoría, historia y temas de la ciencia ficción, en forma no abstracta, sino aplicada con exactitud a su asunto. En el primer apartado, «Sobre la ciencia ficción», Herrero-Senés argumenta con buenas razones que haya tenido que entrar en disquisiciones teóricas, siempre espinosas, acerca de lo que es la ciencia ficción como género. Aquí



Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto

habríamos utilizado quizá otro término, ya que preferimos reservarlo a los géneros discursivos definibles mediante una serie de características retóricas distintivas, mientras que la ciencia ficción es más bien un modo de ficción que puede manifestarse a través del cuento, la obra dramática o el ensayo, tal y como esta misma antología demuestra. Sin embargo, como tampoco estamos ante un tratado de narratología, bien está que el prologuista se haya limitado a explicar que, tratándose de una antología de ciencia ficción, conviene justificar, con la ayuda de la teoría, la razón de incluir en ella determinadas clases de textos y no otros. Aunque Herrero-Senés reconoce que una definición específica sería difícil, ya que la literatura tiene la buena o mala costumbre de acoger elementos de lo más variopinto, la de ciencia ficción se caracterizaría, en su opinión, por el carácter central en ella de la razón como potencia aplicada a la hora de fenómenos y objetos, desde inventos hasta formas de organización social inexistentes en nuestro mundo actual, pero que aparecen dotados en la ciencia ficción de verosimilitud lógica y, naturalmente, científica. Los universos ficcionales así contruidos suelen ser el resultado de una actividad especulativa derivada de la proyección hacia el futuro de tendencias del propio presente, al efecto de sacar a los lectores de este, de distanciarlos para que lo miren críticamente desde la perspectiva externa garantizada por la mirada desde el porvenir, un porvenir que se atiene a las leyes básicas de nuestro mundo, del que procede. De esta manera, la ciencia ficción constituye una reflexión racional sobre lo que nos puede deparar una evolución hipotética, pero verosímil, a partir de un presente que, desde la Revolución Industrial, se percibe como algo en desarrollo, en constante cambio y progreso. Es un cambio de para-

digma total respecto a la mentalidad cíclica determinada por el modelo de vida agrícola antes predominante. Desde los inicios del progreso tecnológico y científico, un mismo ser humano puede asistir a tales mutaciones de su modo de vida que no extraña que se mire el futuro con esperanza o con prevención, según se deseen o se teman los cambios que se barruntan y que la ciencia ficción, como literatura en tiempo futuro, presenta como ya realizados para poder juzgarlos, al menos en el terreno de la ficción. Todos los seres humanos resultan afectados por esas modificaciones, cuya índole es cultural, como bien señala Herrero-Senés, por lo que no es extraño que la ciencia ficción tuviera también un gran desarrollo en algunas regiones solo parcialmente industrializadas, tales como la propia España de la Edad de Plata. Los escritores españoles no vivían en una reserva espiritual ajena a lo que pasaba en el resto del mundo, aunque eso parecería a juzgar por la perspectiva estrechamente nacional, cuando no provinciana, que todavía predomina en las historias literarias del país.

Sin embargo, la ciencia ficción tuvo una «presencia» (así reza el título del segundo apartado del prólogo) en España que fue bastante temprana. Debido a su período cronológico, quedan fuera las obras anteriores a 1898, una fecha más simbólica que otra cosa en lo que la ciencia ficción se refiere. Aunque la producción fictocientífica de Nilo María Fabra se caracteriza por un optimismo de inspiración positivista que contrastaría con el pesimismo con que se suele abordar la ciencia y la tecnología en la ciencia ficción española después de esa fecha, es imposible marcar distinciones claras, pues los textos de anticipación de Ramón y Cajal o Vicente Vera de la antología manifiestan una clara esperanza en las mejoras que habría de traer el futuro, mientras que las



Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto

anticipaciones de Antonio Flores o Fernández Bremón publicadas en pleno siglo XIX denotan una desconfianza en el progreso tan marcada como podía serlo en los cuentos antologados de Ganivet y Unamuno. Tal vez lo que diferencia en mayor medida la ciencia ficción de la Edad de Plata frente a la del siglo anterior sea su amplio empleo por escritores de distintas estéticas, escuelas y ambiciones como un vehículo para expresar sus ideas y preocupaciones. Creemos que su recurso a la ciencia ficción obedece a un deseo de explotar sus posibilidades filosóficas, sociales y políticas, además de las propiamente literarias. No existía como tal, a diferencia de lo afirmado por Herrero-Senés, una literatura artística o minoritaria y otra de «género» y de masas, sino un abanico de modalidades narrativas, tales como la policial o la fictocientífica, que los escritores utilizaban libremente y sin considerar que una clase de literatura u otra tuviera más dignidad o exigiera un mayor empeño en su escritura. Hablar de «géneros» en esa época debe tener en cuenta esta realidad histórica, que se demuestra asimismo mediante el hecho de que la crítica, en España como en el resto del mundo fuera de los Estados Unidos y su fenómeno *Pulp*, juzgaba las obras fictocientíficas exactamente igual que cualquier otra de sus autores, fuera realista o no, vanguardista o tradicionalista. No queremos decir con esto que no existiera ya entonces una conciencia de «género» más o menos clara, sino que aplicar una sociología literaria válida tan solo para una época posterior no contribuye a explicar la razón de las limitaciones cuantitativas de la ciencia ficción española en la Edad de Plata. Aparte de que tal escasez no es tal, y esta misma antología así lo demuestra, cabría preguntarse si la menor abundancia frente a la ciencia ficción coetánea de Francia o Gran Bretaña no se debería simplemente

al hecho de que la ciencia ficción solo representa un pequeño porcentaje de la producción literaria total y esta fue cuantitativamente muchísimo más nutrida en esos países que en España, donde el lectorado potencial era también bastante menos numeroso que en aquellos.

Herrero-Senés se mueve en terreno más firme en el apartado «Algunos rasgos generales». En su opinión, predominaba entonces en la ciencia ficción española «la cautela y el pesimismo», la desconfianza hacia los móviles de los científicos y las consecuencias de sus actos, el temor hacia una evolución sociopolítica que condujera a la pérdida de las libertades y de todo aquellos que nos hace humanos (por ejemplo, las emociones en «La revolución sentimental»), y de ahí la importancia de la distopía. El miedo al progreso suele conllevar un marcado conservadurismo, especialmente en materia de moral y roles sociales y de sexuales, en todos los lados del espectro político. Estos fenómenos eran universales, por lo que la ciencia ficción española «se aleja del localismo», aunque suelen menudear las pinceladas costumbristas, a veces con humor, como procedimiento para acercar los hechos asombrosos a la realidad de cada día, aminorando la posible extrañeza suscitada por la ambientación especulada. Este costumbrismo, siempre tan fuerte en la literatura española, estaba también muy presente en otros países.

La ciencia ficción se movía en coordenadas internacionales también en España, donde los autores más célebres de la modalidad, como H. G. Wells, eran bien conocidos. Los «temas y tendencias», tal y como se titula el último apartado del sustancioso prólogo de Herrero-Senés, eran también internacionales, de modo que su clasificación tiene validez no solo para España. En primer lugar, sitúa los textos de Pardo Bazán, Unamuno, López-Monte-



Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto

negro, Salaverría y Foxá en una sección de «Mundos extraños», ya que se centran en «universos separados de la vida cotidiana», como experimentos de confrontación con unas realidades completamente ajenas a las conocidas del mundo primario, mediante traslado temporal o espacial a tiempos como la prehistoria ibérica o a lugares como Marte, una ciudad puramente mecánica en el desierto o un termiteo. Dada la variedad de escenarios, no extrañará que sea tan difícil encontrarles puntos comunes a esas historias, aparte de su función, acertadamente señalada por Herrero-Senés, de hacer visibles, por contraste con el mundo extraño, «experiencias y emociones básicas, inherentes a lo humano». En cambio, presentan una indudable unidad temática las ficciones recogidas en «Científicos e inventos», cuyo nombre ya indica de qué se trata. También es grande la coincidencia en las actitudes contrarias a una labor científica que, movida por la codicia u otras pasiones igual de poco recomendables, va demasiado lejos y provoca catástrofes personales o sociales, aunque tampoco faltan los tratamientos humorísticos que quitan cierto hierro al asunto, sin que ello obste a su carácter admonitorio. Este carácter lo tienen también los ejemplos rescatados en la sección «Política-ficción» («historia-ficción» en el índice final), que se limitan prácticamente a especulaciones sobre enfrentamientos bélicos, sean futuros, sean prolongados desde el presente de la Gran Guerra de 1914. Se dejan así de lado las anticipaciones de política cotidiana que también existieron entonces en favor de unas ficciones de alcance menos circunstancial, pues todas ellas persiguen dar idea, por medio de la ciencia ficción, de lo inmoral y «lo absurdo del conflicto», muy lejos de la moda coetánea de la anticipación nacionalista de las guerras futuras desde la germinal de George Chesney.

Aunque también las hubo en España (por ejemplo, escribió algunas Nilo María Fabra), los autores de ese país neutral pudieron llevar tal género hacia un universalismo ético que redundaba en beneficio de su interés para los lectores de hoy. Además, como son muy poco conocidas, se agradece aún en mayor medida su recuperación en esta antología.

Las de la sección siguiente, «Utopías y distopías» sí tienen algún renombre, ya que todas ellas han conocido reediciones antes de este volumen, quizá porque «la descripción de la vida colectiva bajo cierto poder» ejerce una atracción considerable sobre numerosos lectores, incluidos los del mundo académico y político, y no solo gracias al prestigio que este tipo de ficción disfruta por su antigüedad secular. La manera de organizar la sociedad es algo que suele interesar sobremanera a quienes viven en ella y el miedo a que una doctrina particular se lleve a la práctica con consecuencias terribles para unos y magníficas para otros es algo común en la historia humana, sobre todo en la Edad Contemporánea. No es extraño que los escritores hayan querido conjurar el peligro o, al contrario, acelerar su advenimiento imaginando en sus ficciones cómo sería la sociedad que temen o desean. Se trata, pues, de una literatura utilitaria, e incluso propagandística, que se ajusta bien a querencias arraigadas de quienes dictan todavía el canon, para cuyos intereses extraliterarios pesan lo suficiente como para que tilden a menudo de escapista a la ciencia ficción por no prestarse aparentemente con tanta facilidad como la *realista* al «compromiso» en favor de cualquier causa. De este pecado se librarían obviamente la utopía y la distopía, por lo que su inclusión en la ciencia ficción ha contribuido bastante a la creciente *canonización* de esta en la actualidad. Así se ha recuperado hasta cierto punto la categoría



Los viejos mundos de la ciencia ficción española, bien al descubierto

que tuvo en España antes de la Guerra Civil de 1936, cuando ficción utópica y científica se veían ya como difícilmente separables. Sin embargo, concederles un lugar prioritario en una antología de la ciencia ficción habría sido erróneo. Es verdad que las obras incluidas en esta sección se cuentan entre las mejor escritas de ella, pero Herrero-Senés ha hecho muy bien en poner este apartado en pie de igualdad con los demás, lo que contribuirá quizás a un reequilibrio del campo de la ciencia ficción desde el punto de vista de su consideración cultural. También nos parece acertado dedicar una sección específica a los «Viajes al futuro», aunque su nombre pueda inducir a confusión, ya que lo fundamental en los textos ahí recogidos no es el traslado con todas sus peripecias, sino la descripción de lo que el viajero, real o virtual, observa en el porvenir, como mero testigo. Se trata de anticipaciones que tienen un marcado carácter ensayístico, aunque la vertiente lírica del discurso descriptivo domina en «Las ruinas de Granada» de Ganivet, quizá el texto más poético de la antología.

El cuento de Ganivet confirma asimismo una impresión que da la mayoría de estos *Mundos al descubierto*: la de que la ciencia ficción de Edad de Plata española es digna literariamente del subido valor simbolizado por dicho metal. Debemos a Herrero-Senés no solo que nos dé la oportunidad de disfrutarla en un cómodo

volumen bien escogido, sino también que no se haya conformado con menos que ofrecer una síntesis inmejorable de historias e investigaciones anteriores, y que incluso haya ido más allá. Su erudición a este respecto es tal que hasta la omisión de toda bibliografía secundaria, incluso cuando un estudioso anterior es citado por su nombre, se justifica por el hecho cierto de que ha utilizado y asimilado perfectamente tantos libros y artículos que enumerarlos todos habría incrementado en muchas páginas las del libro, quitando espacio para lo principal, que son las propias obras, todas ellas reproducidas, como debe ser, a partir de sus ediciones originales, estas sí puntualmente señaladas en la sección de «Referencias bibliográficas». Frente a todas estas valiosas cualidades, las escasas objeciones que hemos planteado son de poco momento y, por lo demás, se trata más bien de cuestiones de opinión. *Mundos al descubierto* es uno de esos libros que resultan definitivos en su ámbito y no tiene apenas parangón, que sepamos, en otras antologías nacionales de la ciencia ficción escrita en la primera mitad del siglo pasado. En algo se tenía que ver que, entre algunos filólogos españoles, el posmodernismo hegemónico que nos coloniza las mentes no ha desterrado por completo la exigencia del rigor crítico e histórico, del que este libro es una estupefaciente demostración.